

insignes maestros, dando cátedras días de la consumación de la Inde-
 en el que hoy es Instituto Científico, pendencia. Mas, a partir de 1821
 nada menos que al inmortal conquis- hasta nuestros días, con facilidad se
 tador de California, el padre Juan podrá evidenciar que el árbol, siem-
 María de Salvatierra, y al padre Juan pre ha correspondido con sus frutos,
 Francisco López; pero aun desde a los esfuerzos y desvelos del bene-
 esa fecha, tampoco escasean los sa, mérito Padre que lo sembrara.
 bios maestros hasta los gloriosos

Apolonio Martínez y Aguilar

San Agustín de esta Ciudad.
 La piedad de personas y no tan
 vulgares, hasta la ha atribuido mil-
 gros; nada menos que don Niceto
 de Zamacois, refiere que estando una
 señora en muy difícil alumbramiento
 pidió que le trajeran un pedazo del
 hábito del padre Basalendo que
 se conservaba en la iglesia de San
 Agustín de Valladolid; todo lo que el
 colocó encima, y dar a
 felizmente a un hermoso niño
 que fue nada menos que don Agus-
 tin de Turbide.
 Pero no necesitamos de supuestos
 milagros para rendir el debido ho-
 menaje a un hombre que su vida
 entera consagró al bien de sus se-
 mejantes, y de cuyos empeños no
 poco bien reportó nuestra San Luis
 Potosí.
 Muy digna de observación será la
 ráta luminosa que desde abril de
 1814, brotó de la boca hendida de
 del P. Basalendo en esta Ciudad,
 de manera que desde esa época
 hasta 1787, podremos ver entre otros

Los bienes que tenía, este modelo
 de frailes, eran los siguientes. Un
 crucifijo de marfil que fue colocado
 en el altar de la Iglesia de Cha-
 un relicario de alabastro; un escrito-
 rio de bastante uso; una cama de
 madera sin colchón; dos sábanas y
 un jergón; dos escarpatorios y un há-
 bito estrecho que era el único que
 para vestirse tenía, y nada más.
 I
 «Ille Basalendo hic jacet,
 Qui variis linguis locutus,
 Scriptis populum matuit,
 Et docens est, quamvis jacet.
 II
 Basalendo aquí se encierra
 Pobre, virgen, obediente,
 Sabio, humilde, penitente,
 Y admiración de la tierra»

EL JAPÓN

ESTUDIO HISTÓRICO Y SOCIOLÓGICO

LEIDO POR SU AUTOR EL

SR. LIC. ISIDRO ROJAS

EN LA SESION SOLEMNE, QUE BAJO LA

PRESIDENCIA DEL SR. GENERAL D. PORFIRIO DIAZ

VERIFICÓ LA

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

La noche del
28 de Abril de 1905, para celebrar su LIV aniversario.



MÉXICO.

IMPRENTA Y FOTOTIPÍA DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO.
Callejón de Betlemitas, núm. 8.

1905



SR. GRAL. PORFIRIO DIAZ,
Presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.



Anverso y reverso de la medalla de Honor
que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística impuso
al Sr. Gral. PORFIRIO DIAZ,
en la solemne sesión del 28 de Abril de 1905.

Discurso pronunciado por el Sr. Lic. Isidro Rojas en la solemne sesión de la "Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística," la noche del 28 de Abril de 1905.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS:

SEÑORES:

Si el pueblo japonés por sí sólo no fuera suficientemente singular é interesante, para llamar la atención del humanista; ya por los hechos legendarios de que está sembrada su historia; ya por el alto grado de progreso que alcanza en estos últimos tiempos; ya, en fin, porque al ingresar de lleno en la vida internacional, es hoy una de las primeras potencias del mundo civilizado, bastarían para darle indiscutible importancia los acontecimientos que en el actual momento histórico se desarrollan en el Extremo Oriente. Por esto, sin duda, el ilustrado Vicepresidente de esta Corporación, ha tenido á bien señalar como uno de los puntos que han de tratarse en la presente solemnidad, el estudio del Japón, en su aspecto histórico y sociológico; tema que, soy el primero en confesarlo, sería abundantísimo para otra pluma que la mía; pero que se convertirá en infecundo é insubstancial, desenvuelto y tratado por mí; pues ya lo ha dicho un literato español: todo es estéril para los espíritus estériles, todo superficial para los espíritus superficiales, y todo es el caos para los espí-

ritus oscuros. Cumplo, sin embargo, un deber, poniendo mi pobre y escasísimo contingente al servicio de nuestra sociedad, no sin implorar con anticipación vuestra proverbial benevolencia.

*
*
*

El Japón, llamado Nifón ó Nippón,¹ por los japoneses y Yang-Hu por los chinos, constituye el archipiélago más oriental del Asia y que no tiene rival en el mundo. Se halla situado cerca de la costa E. del continente asiático, frente á la costa de Corea; se compone de más de 3,800 islas, y ya Kaempher contaba allí 13,000 ciudades y 900,858 aldeas. Sus costas (de 4,400 kilómetros de desarrollo longitudinal), son escarpadas, circuidas de arrecifes y se hallan casi siempre envueltas en densa niebla, que hace aún más peligroso el arribar á ellas. En su totalidad tiene el Japón una superficie de 417,396 kilómetros cuadrados y una población de 46.541.976 habitantes. El suelo de las islas japonesas es volcánico y montañoso. Los terremotos son en el Japón frecuentes y terribles; sus volcanes arrojan frecuentemente humo y llamas. El clima varía mucho, según los puntos de aquel vasto imperio, al que cruzan numerosos ríos y lagos, entre ellos el Fakonea, que consideran sagrado los japoneses.

“El paisaje, dice un escritor moderno, debe mucho de su gracia á la atmósfera que lo baña. Esta es luminosa, en esa latitud, y húmeda en ese archipiélago, todo envuelto con los efluvios de una corriente cálida. Por todas partes las aguas corren, aunque sobre un sue-

¹ Por el nombre de la isla principal Niz-pon, ó base del fuego. En la antigüedad fué el Japón desconocido y Marco Polo habló de él, llamándole Xipango.

lo desigual; las armonías de las cascadas llenan el aire, y las mañanas son veladas por brumas, que ocultando la base de las colinas, sólo dejan dibujarse en pleno cielo sus agudas crestas. Esta humedad constante, añadida á la intensidad de la luz, hace la atmósfera maravillosamente límpida, y la convierte en una especie de cristal, que da nitidez á todas las líneas, relieve á todas las formas y un brillo singular á todos los colores.” G. Weulersse: “Le Japon d’aujourd’hui.”

Mas como quiera que no es en su aspecto físico como debo considerar el Japón, sino histórica y sociológicamente, paso á ocuparme en esta materia, que es el tema de mi desaliñado estudio. Para mayor claridad lo dividiré en dos partes, la primera comprenderá el período transcurrido desde la fundación de la dinastía japonesa, 660 años antes de Jesucristo, hasta la Restauración del Mikado,¹ en 1868; y la otra desde esta restauración en adelante. He creído deber hacerlo así, porque la evolución social del Japón, que le hizo nacer á la vida internacional, modificando sus costumbres, sus hábitos y su modo de ser, coincide precisamente con la Restauración del Imperio, pudiendo decirse con verdad, que ésta es la segunda etapa de su vida como nación soberana.

TIEMPOS PREHISTÓRICOS.

Si pudiera darse crédito á las tradiciones japonesas, debería decirse que los predecesores de ese gran pueblo, fueron dioses ó semidioses, pues los anales japoneses, que hacen remontar su origen á muchos millones de años, lo suponen gobernado por espíritus celestia-

¹ Mikado significa: la honorable puerta.

les, cuya posteridad formó la raza primitiva del Japón.

Cuentan los japoneses tres dinastías de sus emperadores; las dos primeras, compuestas de aquellos dioses, espíritus celestes y semidioses, son por consiguiente fabulosas. La tercera fija la época del Imperio del Japón en el año 660 antes de Jesucristo, y desde entonces puede contarse su edad histórica.

El mismo Kaempher, á quien podríamos llamar el Herodoto de la historia japonesa, dice que los orígenes de la raza del Japón nos serán siempre desconocidos; y efectivamente, las inquisiciones más laboriosas, sólo conducen á creer, en cuanto á la etnología de ese gran pueblo, que participa de la raza mongola, de la china y de la malaya.

PRIMER PERÍODO HISTÓRICO.

La teodinastía del Mikado, que se remonta á 25 siglos, es la más antigua del mundo. Fundada por Dginmu, en su evolución hasta el año 400 de la era vulgar, es decir, en un espacio de más de mil años, cuenta 17 emperadores, oriundos todos de un mismo tronco, y como principales sucesos, aparte de muchas campañas locales y de la organización de las provincias, se enumeran: la conquista de Corea por la Emperatriz regente Singu-Kogú: la introducción en el imperio de las doctrinas de Confucio, así como de la filosofía y literatura chinas; el predominio de la religión de Budha por medio de los coreos, no sin que precediera una tremenda guerra religiosa.

Algún tiempo después, en 799, los Manchúes, que intentaron ocupar el país, fueron rechazados; y en 1281, los Mogoles, después de conquistar la China, embarcaron contra el Japón cien mil guerreros, en 900 buques;

pero según la tradición, una tempestad excitada por los dioses, los dispersó.

Hasta esa época la autoridad del Mikado fué absoluta, en el sentido más lato de la palabra, pues reunía el poder militar, el político y el religioso, y su procedencia divina daba á su persona un carácter sagrado. La propiedad territorial le pertenecía, y sólo por mera gracia la cedía á sus vasallos. El era, como "hijo del sol," la *viva ac spirans lex*, una ley viva y animada, pues nada podía oponerse ni resistir á su voluntad. Aun mirarle y pronunciar su nombre se consideraba una profanación. No podía el Dairi¹ tocar con los pies el suelo y los nobles le llevaban sobre sus hombros; el aire no debía tocar su rostro, ni el sol ofenderlo con sus rayos. No podían servirle dos veces los mismos vestidos y utensilios, y aun era considerado como sacrilegio el cortarle las uñas y el cabello, estando despierto. Hubo época, en fin, en que para la conservación de la paz y tranquilidad públicas, se creyó necesario que permaneciese inmóvil en su trono algunas horas, hasta que se le libró de tal molestia atribuyéndole á su corona, colocada en el asiento, los mismos efectos.

Ese religioso y exagerado respeto tributado al monarca, fué el principio fundamental de la fe y de la política japonesas. Hasta el siglo XII continuó la autoridad absoluta del emperador; pero por fin las clases privilegiadas vinieron á monopolizar el poder, librándose formidable lucha entre las mismas familias aristocráticas que se disputaban la primacía. A qué grado llevaron su rivalidad los Taira y los Minamoto, se comprende al recordar que Kiyomori, en su lecho de muerte, pidió como mejor ofrenda, que sobre su tumba

¹ Al Mikado se le llamaba también Dairi (el palacio imperial), y Ten-no (el celeste).